

esto añade el obispo: «No soy á la verdad papista, pero á fe me duele ver al Papa en tales compromisos.» Estupefacto quedó el buen francés cuando en el consistorio celebrado en 23 de marzo de 1534 falló, al cabo de siete horas de sesión, definitivamente á favor de la reina Catalina contra Enrique VIII, y no fué este obispo el único que no pudo comprender las oscilaciones continuas de la política papal.

Cuando Carlos V volvió á España, la situación general se mejoró todo lo posible para los protestantes. Siempre hemos de tener presente que la conservación de la reforma religiosa alemana dependía en gran manera de la situación variable de los intereses políticos; pero lo notable, en medio de tantas complicaciones é influencias extranjeras, fué que las dos potencias llamadas á realizar en comun el exterminio de la herejía, á saber, el emperador y el Papa, estuvieron siempre animados de cierta rivalidad á la vez espiritual y política, como dice Ranke. Por esto no produjeron resultado los pasos dados oficialmente por ambos potentados para preparar el concilio. El emperador agregó como compañero al nuncio Rangone, que pasó á Alemania, á un hombre distinguido de los Países-Bajos, mas para vigilar al nuncio que para auxiliarse; y no solamente los magnates protestantes, sino también algunos católicos, no mostraron particular afán por la pronta reunión del concilio anunciado. Los protestantes no podían considerar aquel concilio como independiente é imparcial, atendida la letra del anuncio, y pusieron por condición para presentarse en él que se celebrase en Alemania y que no estuvieran obligados á admitir sus decisiones si las consideraban contrarias á la Sagrada Escritura. Lutero, que tenía la idea de que el Papa era un hombre cínico que se burlaba de la religión, y un pendenciero brutal y envenenador probado, y que creía hija suya ilegítima á Catalina de Médicis, no pensaba que el tal concilio llegara á verificarse, ni tampoco pudo acostumbrarse á las tendencias erasmicas de unión, que entonces tuvieron, bajo la dirección del maestro, tanta aceptación. Lutero resumió su juicio sobre Erasmo, que ya conocemos, en estas palabras: «Erasmo enemigo de toda religión y en especial adversario de Cristo, ejemplo perfecto de Epicuro y Luciano.»

Considerada en abstracto la tregua entre los partidos religiosos, creada por la paz religiosa de 1532, podía parecer favorable á la reparación de las antiguas proposiciones mediadoras; pero el contraste había echado ya raíces demasiado profundas para que pudiesen vencerlo el programa de paz publicado por Erasmo ni la polémica personal que dispuso el duque Jorge en 1534 entre Julio Pflug, partidario de Erasmo, y Melancton. No se trataba solo de la supresión de un abuso ni de dogmas discutibles, sino de dos modos muy distintos de considerar la sociedad y además de intereses políticos y económicos muy positivos.

Aunque durante algún tiempo, y bajo la protección del duque soberano Juan III, la neutralidad erasmica entre el papismo y el luteranismo llegó á ser el principio de la vida religiosa y el apoyo de un papismo territorial, las leyes eclesiásticas de Cléveris de 1532 y 1533, muy contra la voluntad de sus autores, no fueron mas que un puente para la entrada y avance del protestantismo. La situación era todavía de lucha y no de paz. De parte de los miembros católicos del imperio se luchaba solo á medias. La liga de Suabia, el instrumento anteriormente temido de la ambición dominadora de la casa de Habsburgo y de la reacción católica, iba decayendo cada vez mas desde que una porción de ciudades de esta liga habían adoptado el Evangelio; y finalmente la unión hecha por los tres príncipes electorales del Rhin, es decir, el de Maguncia, el de Tréveris y el del Palatinado (en noviembre

de 1532) con el soberano de Hesse, tenía el objeto directo de descomponer aquella liga con la salida de aquellos soberanos. Ni tampoco hubieran podido pertenecer las ciudades del Mediodía de Alemania simultáneamente á las ligas de Suabia y de Smalcald. En mayo de 1533 formaron Nuremberg, Ulma y Augsburgo una unión particular para defender su libertad de conciencia. Lo que causó, sin embargo, la disolución de la liga de Suabia en el parlamento de Augsburgo (diciembre de 1533 y enero de 1534) fué principalmente el asunto de Wurtemberg, del cual luego hablaremos. La alianza católica defensiva formada en noviembre de 1533 en Halle por el elector de Brandeburgo, Jorge de Sajonia, y Erico y Enrique de Brunswick, no pudo suplir á la liga de Suabia ni servir de suficiente contrapeso á la de Smalcald. El tribunal imperial continuó, sin atender á la paz religiosa, haciendo á su modo la guerra á los protestantes, en particular á Estrasburgo, Nuremberg, Magdeburgo y otras ciudades y á Ernesto de Luneburgo. El margrave Jorge, no obstante que el emperador en 8 de noviembre de 1532 había ordenado la suspensión de todas las causas incoadas en materia de religión, se excusó en contestación á las quejas protestantes con el pretexto de que no podía dar una explicación general de cuáles causas eran precisamente las religiosas. Al fin los miembros protestantes del imperio (30 de enero de 1534) recusaron al tribunal imperial, á todas luces parcial, no para todas las causas en general, como propusieron el Hesse y la ciudad de Estrasburgo, sino solamente para las causas relativas á asuntos religiosos. Ranke observa con razón que en la ausencia del emperador, en la disolución del antiguo gobierno del imperio y en atención á no haber reconocido varios miembros del imperio la elección de Fernando para rey de Romanos, era esta recusación del tribunal supremo la negación de la única institución que representaba la unidad política del imperio germánico. El mal fué que este tribunal, en lugar de ser imparcial en un tiempo que requería nuevas formas de derecho, se había hecho parcial con el pretexto de guardar por pura forma el derecho hasta entonces existente.

Se debe exclusivamente á la energía del landgrave Felipe que el protestantismo alemán sacase entonces una ventaja directa de una situación que le era positivamente favorable; porque la Sajonia electoral, cabeza natural de los reformistas por su categoría y poder territorial, continuó también bajo el gobierno del hijo y sucesor del difunto elector Juan (que murió el 16 de agosto de 1532) en su acostumbrada aversión á toda política que traspasara los límites de una forzosa defensiva. Juan Federico, que tenía solamente un año mas que el landgrave, era hasta en su físico lo contrario del príncipe de Hesse, tan movable, y el verdadero tipo de aquella generación de señores reformistas que de buena gana habrían dividido todo su tiempo entre las aficiones teológicas, las cacerías y el culto del dios Baco. Siendo desde su infancia admirador del doctor Martín, le gustó tener trato cariñoso con él cuando fué príncipe reinante; pero solo cuando una gran desgracia purificó en algo aquel carácter frívolo, manifestó sus efectos mas eficaces su veneración á Lutero. Este príncipe Juan, que según la expresión de Lutero trabajaba «como un burro», no tenía disposición ni para guerrero ni para político, ni otro horizonte mas elevado que el que le había dado la tradición de su principado territorial: un residuo notable de fidelidad al imperio y una sumisión á escrúpulos teológicos. Claro es que los primeros esfuerzos del landgrave para hacer á este señor pacífico y de mollera dura compañero de su política de acción, hubieron de encontrar una resistencia insuperable. Felipe describe en una carta muy gráficamente el trato duro en extremo de las cortes alemanas en

aquella época. En esta carta refiere á su amigo Ulrico de Wurtemberg una entrevista con el elector de Sajonia: «He bebido mucho en Weimar pero me he sostenido en mi sitio, mientras el elector pudo llegar con gran trabajo hasta la puerta para vomitar, si bien lo he pagado también muy caro, porque todavía me encuentro muy mal.» Entonces fracasaron muchas empresas militares á causa de la codicia de dinero de los soldados mercenarios alemanes; y muchas combinaciones políticas de los príncipes alemanes dieron mal

resultado por los excesos bestiales de los mismos príncipes, conforme sucedió también al mismo landgrave Felipe.

Este soberano alemán se interesó también por el duque de Wurtemberg con todo el ardor de que era capaz, principalmente desde que el joven duque Cristóbal se evadió de la corte imperial, donde estaba poco menos que prisionero, habiéndose escapado justamente cuando se le quería llevar á España. Después de muchas aventuras este hijo de Ulrico, á quien una política sin entrañas hizo pagar las faltas de su



Juan Federico el Magnánimo, príncipe elector de Sajonia  
Copia de un grabado en cobre hecho en 1543 por Jorge Pencz (1500 á 1550)

padre, se presentó en otoño de 1532 en la corte de sus tios de Baviera, y un año después en el parlamento de Augsburgo para reclamar su derecho como era justo en presencia y con el apoyo de un embajador francés. Había ya presentado su protesta contra los tratados de 1520 y reclamado sus derechos al ducado de Wurtemberg ante los miembros del imperio. También Zapolya se interesó por él en aquel parlamento suabo, lo cual demuestra la conexión que había entre todas las fuerzas contrarias á los Habsburgos; pues que también los duques de Baviera, que hábilmente rehuyeron auxiliar el movimiento anti-habsburgo, contaban con subsidios turcos para la guerra de Wurtemberg, guerra que el landgrave Felipe hizo, en efecto, casi toda con dinero extranjero. La reserva de los duques bávaros, que á la sazón volvieron á

buscar el contacto con el emperador y con Fernando, se explica, porque si bien querían la restauración de su sobrino en el ducado de Wurtemberg, era á condición de que éste se conservara fiel á la religión católica y de que su padre Ulrico, hereje, quedara del todo excluido del gobierno.

El landgrave Felipe había conservado muy hábilmente sus relaciones con los duques de Baviera hasta el momento en que su inteligencia con Francia las hizo supérfluas, con lo cual había engañado hasta al ladino canciller Eck. En una ocasión instó á su amigo Ulrico á que hiciese ciertas concesiones á los bávaros con la reserva de que un juramento arancado á la fuerza no era agradable á Dios. También en su entrevista con Francisco I, en Bar-le-Duc (enero de 1534), consiguió su auxilio sin contraer ninguna clase de compro-



misos que excediesen de la reinstalación de Ulrico de Wurtemberg en sus dominios. La venta del condado de Mombeiard con algunos otros señoríos a la corona de Francia a condición de retro, no fué mas que una ficción para ocultar el carácter de subsidio de la suma facilitada por la Francia. También hubo promesas de Inglaterra, del rey de Dinamarca Cristian III, del duque de Luneburgo, de príncipes católicos del imperio como el obispo de Munster, el duque Enrique de Brunswick y el arzobispo de Tréveris. El príncipe elector del Palatinado solo en apariencia prometió auxiliar al rey Fernando, y hasta Joaquin de Brandeburgo manifestó su aprobación a la empresa del landgrave, diciendo que el rey Fernando no tenía que esperar ningún auxilio de los príncipes electores. Contrasta en gran manera la conducta en este asunto de la mayor parte de los príncipes católicos mas notables con la oposición tenaz de la Sajonia electoral. Lutero y Melancton habian suscitado la ira del landgrave en su entrevista de Weimar; pero esto no fué obstáculo para que Melancton se interesara con indudable simpatía, al parecer influido por motivos astrológicos, en la arrojada empresa del landgrave.

No era secreto para nadie que en el mismo ducado de Wurtemberg se deseaba ardientemente la vuelta del antiguo soberano y la caída del gobierno español; si bien éste habia hecho todo lo posible para borrar la memoria del antiguo soberano, tanto que habia prohibido hablar de él, por cuya razón preguntó el pueblo en una canción popular si el que soñara con el duque Ulrico se exponía a ser expulsado del país. Con la oligarquía de los estamentos se habia puesto en buena amistad el austriaco, pero no con el pueblo suabo, tan fiel que del «verdugo de Wurtemberg», como antiguamente llamaba al duque Ulrico, habia hecho en su tradición un hombre benévolo a quien llamaba «el duque Ulrico el piadoso.»

Con mucho trabajo, y en parte a la fuerza, el lugarteniente del rey Fernando, el conde palatino Felipe, reunió un pequeño ejército como de 9,000 infantes y 400 caballos; pero se oyeron voces de que muchos de los infantes habian dicho que sus lanzas no punzarian ni al landgrave ni al duque Ulrico. En 12 de abril fué publicado el manifiesto de los dos agresores, que se pusieron en camino juntos desde Cassel, y apenas hubieron penetrado en el Wurtemberg a la cabeza de 20,000 infantes y 4,000 jinetes (se supone), cuando se decidió ya la campaña. El bizarro lugarteniente de Fernando encontró cerca de Laufen, en la orilla izquierda del Neckar, al enemigo mucho mas numeroso que él. Al primer choque quedó mal herido (12 de mayo) el lugarteniente y tuvo que abandonar sus tropas, por manera que no se renovó el combate, y las tropas del rey se retiraron, no sin que hubiese algunas colisiones parciales entre las dos fuerzas. No se podia llamar aquel encuentro verdadera batalla, pero el efecto fué mayor que el de muchas batallas largas y sangrientas, pues a principios de junio los agresores habian arrebatado a los contrarios las últimas plazas fuertes, Asberg y Hoheneifen, y habian conquistado todo el país de Wurtemberg. Un diluvio de canciones de victoria celebró a los libertadores, y principalmente al señor natural del territorio que habia vuelto a su país. Contra él hubo también canciones, pero el cronista, que coleccionó las que pudo, dice que no logró conseguir ninguna de las contrarias. Lutero mismo quedó curado de su aversión a la empresa del landgrave, y escribió: «Dios tiene evidentemente la mano en este asunto y nos ha dado la paz, contra todo lo que esperábamos.»

No se comprende por qué se marchó el emperador, despues de sus desgraciados tratos con el Papa, a España, dejando otra vez abandonados a su suerte los asuntos de Ale-

mania e Italia, tan poco asegurados; ni se comprende por qué el rey Fernando se quedó en Bohemia en lugar de pasar personalmente al Wurtemberg. Con razón preguntó el Papa al embajador de Fernando, cuando éste solicitó su auxilio, por qué el emperador no habia tomado ninguna disposición, y en su consecuencia se negó a dar auxilio alguno mientras no se emprendiera nada contra la Iglesia católica. Fernando mandó decir a su hermano: «Toda esta obra maligna viene de Francia e Inglaterra, y Dios quiera que no tenga por autor al Papa.» Fernando se vió completamente aislado y creyó lo que se decia, a saber: que el landgrave queria arrebatarle la corona real, ya para sí, ya para el Delfín o bien para el duque Guillermo de Baviera, y provocar, con ayuda de los anabaptistas, una gran sublevación contra el emperador. El temor de que la campaña de Wurtemberg no fuese sino la introducción de una guerra europea contra la casa de Habsburgo no era una pura ilusión, porque un año antes se habia discutido entre Baviera y Francia la contingencia de un ataque simultáneo sobre el Wurtemberg, los Estados hereditarios de la casa de Austria, la Bohemia, los Países-Bajos, la Italia y la España; y el rey Francisco I se mostró muy disgustado porque el landgrave se habia detenido en su carrera victoriosa. Este último, despues de la toma de Asberg, escribió que su objeto no era ni la sublevación, ni hacerse francés, ni hacer la guerra a gente extraña, porque sabia muy bien que continuando la guerra se habia de hacer ésta no solamente a Fernando sino al mismo emperador, lo cual podia dejar al landgrave de repente en situación completamente aislada. Por tanto escribió a su hermana Isabel, casada con el hijo de Jorge de Sajonia: «Date prisa a procurar que obtengamos la paz y que no se extienda mas este asunto por culpa mia.» Aquella mujer vividora e intrigante tuvo, en efecto, gran parte en el tratado que se hizo en la ciudad de Cadan, en Bohemia, por la mediación de la Sajonia electoral, de Maguncia y del duque Jorge (29 de junio). El Wurtemberg fué restituido a Ulrico, pero en calidad de contra-feudo que al extinguirse la línea masculina de la familia ducal debia recaer en poder del Austria. Esta cláusula era contraria al antiguo derecho del imperio y además una condición dura para Ulrico, si bien por otra parte Fernando renunció a su anterior exigencia de mantener el catolicismo en el ducado y solo quedó obligado Ulrico a tolerar el ejercicio de su religión a los abades y nobles territoriales que no formaban parte del país de Wurtemberg.

El tratado de Cadan no se limitó al asunto del Wurtemberg; la Sajonia electoral y sus compañeros reconocieron la dignidad real de Fernando, y éste sancionó de nuevo la observancia de la paz religiosa de Nuremberg, y sobre todo el sobreesimiento de todas las causas incoadas ante el tribunal imperial, exceptuando la tolerancia religiosa a los sacramentistas, a los anabaptistas y otras sectas no cristianas. Creyeron peligrosa esta última disposición los habitantes de Estrasburgo y demás alemanes del Mediodía, atendido que el tribunal no habia suspendido las causas que se referian a ellos a pesar de lo dispuesto por el rey Fernando.

Al fin no fué completo ni decisivo el triunfo de los reformistas, pero el arrojo y energía del landgrave produjo en todo el imperio una impresión profundísima, y el renegado Witzel dijo que ni mil libros de Lutero les habrian dado tanta ventaja como la obra del landgrave.

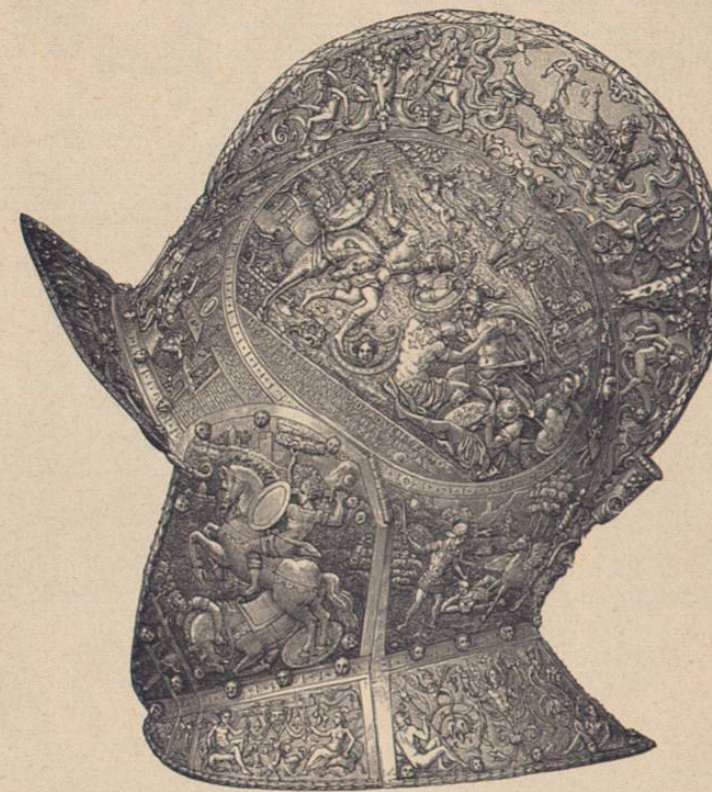
Fué un feísimo epílogo de este asunto que entre el landgrave Felipe y su protegido el duque Ulrico se trocase la antigua amistad en hostilidad, a pesar de que el landgrave no habia buscado ni encontrado tampoco ninguna ventaja personal digna de mención. El duque, exasperado de la exigencia del landgrave, que deseaba cobrar los gastos de la

guerra, creyó que desde el tratado de Cadan no debia ni siquiera gratitud a su salvador, al cual dijo con el mayor descaro que habia emprendido la expedición no por amistad ni en defensa de una causa justa sino para no verse atacado él mismo. Eck trabajó a su manera para desacreditar en su país al necio duque Ulrico y no dejarle realizar la reforma que esperaban de él sus súbditos. Ulrico habia modificado sus creencias religiosas sustancialmente, a lo cual agregó el orgullo del soberano absoluto, que el destierro no habia mitigado; y así dispuso sin intervencion de los estamentos, con energía brutal, la reorganización eclesiástica del país.

Esta reforma religiosa del Wurtemberg es notable entre otras particularidades porque Ulrico, personalmente mas in-

clinado a la doctrina de Zwinglio, consiguió despues de grandes dificultades la concordia y cooperación del luterano Schnepf, de Hesse, y de Ambrosio Blarer, del Mediodía de Alemania. Ambos se pusieron de acuerdo sobre la forma eucarística y se repartieron el país en el cual iban a ejercer su actividad religiosa. En la asamblea reunida en 1537 en Urach consiguió Blarer el alejamiento de todas las imágenes de las iglesias contra Schnepf y Juan Brenz, que alegaron en favor de las imágenes que también se toleraban en las iglesias y fuera de ellas ídolos vivos, a saber, las doncellas.

La culpa que también se atribuyó al duque Ulrico de haber derrochado los bienes de la Iglesia, no le alcanza, porque si bien no empleó estos bienes exclusivamente en objetos



Casco de Carlos V (trabajo alemán de la época del Renacimiento)  
Repujado y de una sola pieza, menos las dos carrilleras; las figuras que lo adornan representan escenas de la *Nibelungen*  
Se conserva en el Museo de Artillería de Viena

eclesiásticos y de beneficencia sino principalmente en objetos políticos, salvo lo gastado en dotaciones de escuelas, estos otros objetos eran también perentorios, como por ejemplo las fortificaciones de plazas y la necesidad de cubrir sus obligaciones respecto de la liga de Smalcalda, pues que se habia encargado de pagar los atrasos que debia el rey Fernando a la misma liga, es decir, una parte de los gastos de guerra que la liga habia hecho para expulsar al mismo duque de su territorio. Además el gobierno austriaco habia sacado toda la contribución que pudo del clero de Wurtemberg. Desde la reforma se hizo pesada la intervención del Estado en el terreno eclesiástico, porque los administradores del duque debian velar no solamente sobre la conducta moral del clero sino también sobre sus doctrinas y las de sus feligreses. En Stuttgart, por ejemplo, fué multada con dinero o castigada con cárcel la falta de asistencia a los sermones en los domingos y demás días de fiesta, imponiéndose iguales penas a los que en otros lugares asistian a misa. El carácter impetuoso y terco del duque no se habia mejorado durante su proscripción, y así lo manifestó en sus relaciones personales mas íntimas, rechazando durante algun tiempo al landgrave,

su amigo en la adversidad, y abriendo su corazón al pérfido político Eck. Expulsó también de su país a su propio hijo por ser católico y pretendiente peligroso en su opinión, obligando a este príncipe, de talento y de carácter noble, a pasar ocho años en la corte de Francia, a donde acudian siempre aquellos magnates reformistas alemanes, y donde naturalmente entraron en relaciones con los enemigos de la casa de Habsburgo, sobre todo con la Francia, para conservar así sus Estados territoriales y su dignidad en el imperio.

Por mucho que hubiera querido Carlos V castigar a los rebeldes alemanes, le desviaron de esta intención muy pronto otros peligros. Se parecia en estos años, como dice Droysen, a un combatiente que atacado por varios enemigos a la vez, dirigiera su arma diestramente tan pronto contra el uno como contra el otro, para poder atacar en un momento dado a un tercero o cuarto enemigo, sin lograr poner fuera de combate a ninguno. Al hablar de la lucha por la corona de Dinamarca, volveremos a exponer las complicaciones en las cuales Carlos V se vió enredado. Mas apremiante que esta cuestión pareció la defensa contra nuevos ataques de los turcos, que no vinieron directamente del cuartel general de este adver-



sario sino de parte de Francia, cuyo gobierno procuró que las armas turcas no descansaran en Europa, á pesar de haber hecho Soliman su paz con Fernando para emprender la guerra desde mucho tiempo preparada contra la Persia. El embajador francés que estaba encargado de pedir al gobierno turco un millón de ducados para una campaña contra el emperador, no pudo ver al sultan, que operaba ya en Persia, sino en la primavera de 1535. Por lo pronto, una escuadra turca de mas de 300 buques se presentó en el verano de 1534 en las costas de la Italia meridional, sembrando el terror en Nápoles, saqueando, degollando y llevándose prisioneros de diferentes puntos. Mandaba esta escuadra Keredin Barbaroja, pirata natural de Mitilene, que antes, en union de su hermano, habia sometido á su dominio una parte de la costa del Norte de Africa y estaba ocupado en esta expedicion en expulsar de Túnez al soberano de esta regencia, Muley-Hasan, que reinaba allí independiente de Constantinopla. Poco despues se presentó un enviado de este corsario en la corte de Francia. En España é Italia reinaba el espanto y la indignacion, y el emperador se decidió á hacer cuanto pudiera para aniquilar al osado agresor, sin cuidarse de la opinion del resto del mundo, que consideraba su empresa como una aventura muy atrevida, mirándola unos con temor y otros con alegría maliciosa; pues hasta su hermana María no quiso creer la noticia de semejante resolucion cuando llegó á sus oidos y la Francia é Inglaterra se concertaron para caer juntos sobre Carlos cuando le viesen debilitado por una derrota. En cuanto á Carlos, nunca quizás se arrojó con igual confianza y alegría á una empresa guerrera como en esta ocasion, en la cual se consideró como porta-estandarte de Cristo. Embarcóse en junio de 1535 todo lleno de ideas de las cruzadas, ideas que en España se habian mantenido mas vivas que en otra parte. Entre los 400 buques de que constaba aproximadamente su escuadra habia 80 mayores, de los cuales Andrés y Antonio Doria habian aprontado veinticuatro y el Papa diez. En 14 de julio fué tomada la Goleta y el 20 el ejército imperial, compuesto á lo mas de 26,000 hombres, se encontró enfrente de la fuerza enemiga, doble en número, que Keredin habia podido reunir á pesar de la aversion con que se le miraba. El emperador escribió: «Estábamos muriéndonos de calor;» pero con tanto mayor furor pelearon sus soldados, muertos de sed, para ponerse en posesion de los pozos que los enemigos en vano les disputaron. Dura se presentó la situacion despues ante los muros formidables de Túnez y gran suerte fué que cuando los imperiales esperaban un nuevo ataque de los mahometanos, se sublevaran los esclavos cristianos en la ciudad y arrojaron de ella á Keredin. Los soldados imperiales al entrar en la ciudad deshonraron el triunfo de la causa cristiana con una horrible matanza, que recordaba los hechos feroces de los antiguos cruzados cuando entraron despues de su victorioso asalto en Jerusalem; y mientras fueron libertados miles de prisioneros cristianos, fueron reducidos á esclavitud otros miles de mahometanos. Carlos V disfrutó por primera vez toda la satisfaccion de una victoria no como antes conseguida por otros sino despues que él mismo habia hecho frente, á la cabeza de su ejército casi enteramente desesperado, á los peligros y penalidades de la guerra bajo el sol ardiente africano del mes de julio. Esto renovó sus ataques de gota; pero él escribió á su hermana: «Dios me ha dado un buen unguento para curarme completamente.»

Precisamente en aquellos días de gloria tuvo por primera vez la idea de despojarse de todas las magnificencias terrenales y retirarse á un convento. Se agitaba en las venas de este hombre envejecido antes de la época natural la sangre de su madre.

Durante la campaña de Túnez se habia decidido de un modo sangriento la situacion en Westfalia y en Dinamarca, y casi al mismo tiempo se hundió el imperio de los anabaptistas y el poder de la democracia de Lubeck bajo la cooperacion enérgica de los príncipes protestantes, incluso el landgrave de Hesse, al cual se habia supuesto mas de una vez la tendencia á aliarse con elementos democráticos. Este mismo soberano entró entonces justamente en una senda que le condujo paso á paso hasta ponerle á punto de hacer traicion á la causa reformista. La experiencia hecha en la guerra de Wurtemberg, la separacion rencorosa del elector de Sajonia, la ingratitud del duque Ulrico y la política aviesa de la casa de Baviera habian dejado una mala espina en su corazon, y ya en 19 de julio de 1534 escribió á su hermana que no deseaba otra cosa sino apartarse enteramente de la alianza reformista y vivir en paz con el emperador. Con mucha razon califica Lenz el viaje que el landgrave emprendió en la primavera de 1535 á la capital de Austria, como su paso mas funesto. Se dirigió á Viena con Enrique de Brunswick y el príncipe heredero de Brandeburgo y consideró como un acto de cortesía observar en el territorio del rey Fernando la cuaresma. Fué recibido en la corte con la mayor amabilidad y á las seguridades de afecto que dió Felipe de Hesse se le contestó dándole esperanzas de mercedes de parte del emperador y un alto puesto en Hungría. Los verdaderos deseos de Felipe se cifraban en un pacto de herencia con Carlos y Fernando, además de una union de las dos familias por medio de lazos matrimoniales, si bien por lo pronto no aceptó el auxilio público del emperador contra la Francia. Lo mas importante en estas entrevistas para la casa de Habsburgo fué su declarado resentimiento contra el elector Juan Federico, el cual, segun indicó el mismo Felipe á un enviado del emperador, habia quedado reducido á la insignificancia desde que él le habia abandonado. Es muy creible que Fernando diera mucha mas importancia al landgrave Felipe que al príncipe elector y así lo dijo la ya citada hermana de Felipe, que le impulsó cuanto pudo á entenderse con los Habsburgos. Poco despues llegó á Hesse una carta muy amistosa de la corte imperial. Mucho disgustó al canceller de Baviera esta política nueva del soberano de Hesse y no se satisfizo con las explicaciones tranquilizadoras de éste, porque el canceller habia trabajado entretanto para la realizacion del singular proyecto de union mas íntima entre la Baviera, la Francia y las ciudades del Mediodía de Alemania, á pesar del convenio hecho en Linz entre los duques de Baviera y el rey Fernando.

Poco despues que el landgrave Felipe, llegó el duque Ulrico á Viena para recibir la solemne investidura de su ducado y la amnistía imperial; y en el mes de noviembre el elector de Sajonia, Juan Federico, emprendió tambien el viaje á aquella capital, donde se habian quejado de él no solamente el landgrave sino tambien algunos príncipes católicos, sobre todo su propio primo Jorge, el cual le habia atribuido el deseo de adquirir la corona de Dinamarca ó la misma corona real de Alemania, poniéndose como adalid de la Reforma á la cabeza de un gran levantamiento popular. Juan Federico habia saludado ya en Cadan al rey Fernando con extraordinario respeto, y desde su investidura del electorado se habian estrechado las relaciones personales entre ambos; sin embargo, el rey no quiso acceder al deseo del elector de que se extendiera la paz religiosa de Nuremberg á los miembros del imperio no citados en aquel tratado.

Estas buenas relaciones entre príncipes protestantes y el rey Fernando, á quien los príncipes habian considerado hasta entonces como un enemigo mas irreconciliable que el emperador, coincidían justamente con las inclinaciones cada día

mas reformistas de la nobleza austriaca. Ya en 1523 habia escrito Lutero á un señor de Staremberg, y á la sazón aun entre las personas de la confianza del rey las habia de opiniones luteranas, como Rogendorf y Hofmann de Grunbuhel de Estiria, personas de grandísima influencia que servian de lazo de union para las relaciones con los príncipes protestantes. El enviado imperial decia que en la corte de Viena ha-

bia pocas personas que no oliesen en cierto modo á la nueva doctrina; y Juan Faber, desde 1530 obispo de Viena, aseguró á los embajadores de Venecia que la mayoría de la nobleza y del pueblo eran mas ó menos herejes, añadiendo: «A no ser por el rey y por mí, todos serian luteranos, cuando no otra cosa peor.»

Antes de la paz religiosa habia dicho Aleandro que no en-



El papa Paulo III (copia de un grabado en cobre de F. Hulsius)

contraba la Alemania tan inaccesible ni con mucho como en el tiempo del parlamento de Worms. Dos años despues se quejó amargamente Vergerio de que el antiguo odio contra el nombre del Papa habia llegado á su mayor altura, y en la corte del rey Fernando se decia que bastaba solo una señal para poner furiosa á toda la Alemania contra Roma, y que hasta las mujeres y los niños no deseaban otra cosa con mayor afán que la ruina de la Iglesia.

No solamente en la corte de Fernando los representantes de la curia romana oyeron semejantes expresiones contra Roma sino que tambien refiere Aleandro que el embajador portugués habia hecho representar en el invierno de 1531 en Bruselas, ante él y los caballeros mas distinguidos de la corte

imperial, una comedia que, segun su nombre, debia celebrar el amor, pero que desde el principio al fin no era mas que una serie de críticas contra Roma y el Papa. Para esta representacion uno de los actores se habia proporcionado un birrete verdadero de cardenal, y al vérselo puesto «todos, dice Aleandro, rieron tanto, que el mundo parecia deshecho en júbilo, y yo, que sentia mi corazon destrozado, creía hallarme en Sajonia y oír á Lutero, ó estar en medio de los horrores del saqueo de Roma.» Muchos de los cortesanos, añade Aleandro, no se atrevieron á hablar públicamente de Lutero, pero se indemnizaban en cierta manera de esta privacion ensalzando á Erasmo hasta el cielo. Fué sin duda una fortuna para la Iglesia romana la muerte de Clemente VII, que ocur-